Teatro con, por y para niños

(Sacado de la revista *Educación y Biblioteca.*)

Por ***Martín Olaya***

Durante muchos años, y sin connotación profesional alguna, he tenido oportunidad de conocer muy de cerca lo que en términos genéricos se ha venido en mal llamar teatro infantil.

Ello me permite constatar, espero que con absoluta objetividad, que en Congresos nacionales e internacionales sobre la materia siempre hubo que destinar un tiempo a algunas puntualizaciones que, para no extendernos en demasía, podríamos sintetizar en dos grandes apartados:

- El teatro interpretado por niños, algunas veces con obritas de los propios niños o de sus maestros. Casi siempre en la propia escuela.
- El teatro interpretado por compañías de adultos, preferentemente en un teatro público o privado.

Apresurémonos a constatar rambién, a guisa de conclusión, que una cosa no obsta a la otra. Se trata de dos acciones paralelas, muy beneficiosas ambas para la instrucción del niño y la formación cívica del futuro ciudadano.

En alguna ponencia a mi cargo puse un ejemplo: la práctica de las artes plásticas en la escuela, las exposiciones de dibujos

durante o al final del curso, no impide la visita complementaria —mejor previamente preparada y trabajada en la escuela— a Museos u otras salas de exhibición. De ahí también que el teatro, que tan sumamente útil es cultivarlo en la escuela, deba, o convenga, cuando menos, ser saboreado en los locales identificados con el mismo nombre.

Un artículo para una revista tiene unas limitaciones de espacio que añadidas a las de las capacidades del autor me constriñen a comentar de forma más bien somera, aunque con mayor aportación de opiniones propias, los dos grandes apartados que acabo de señalar:

Teatro en la escuela

Estupenda herramienta para el maestro. En algunas escuelas cuentan con profesor especializado en esos menesteres. En cualquier caso, la capacidad de movilización de entusiasmos de los niños e incluso de despertar dormidas e impensadas aptitudes sorprende un curso sí y otro también. ¡Cuántas veces aquella niña o aquel niño tímido, introvertido, huidizo como gallina en corral ajeno se transforma en gallito al interpretar personajes de ficción! ¡Y cómo, por el contrario, el más decidido parece hundirse en la incapacidad de articular palabra ante la circunstancia de no tener que interpretarse a sí mismo!

Tengo un ejemplo que me agrada traer a estas páginas: un antiguo y un buen amigo mío, industrial, exportador, padre y abuelo de una bendición de descendientes, es, a la par que hombre bueno y de innata timidez, hombre de teatro muy conocido como director —también de teatro para niños— y como actor en la ciudad donde reside. Este amigo, aficionado al teatro desde su época escolar, me decía al comentarle hace unos días el contrasentido humano de tener que interpretar en una obra de Shakespeare el papel de «el Pedante»: «Gracias a los gajes del teatro he llegado hasta a ser rey.» Y es muy cierto: rey, San José, Tenorio, Romeo...

A la oportunidad del desdoblamiento de la personalidad añadamos las ventajas del ejercicio memorístico, el aprendizaje en la mejor emisión e impostación de la voz, la armónica composición de gesto y figura, el enriquecimiento de vocabulario y el conocimiento del significado de las palabras. Sin olvidar la fuen-

te de creatividad y también de divertimento que proporciona el boceto, búsqueda o confección del vestuario, decorados, música, luces, efectos especiales...

¿Obras a interpretar? Hay quien opina que necesariamente han de ser obras escritas por los propios niños. No diría tanto. También a los maestros les ilusiona dramatizar cuentos o leyendas o inventarse historias con las que pergueñar una obra de teatro para lucimiento propio y el de sus alumnos.

Se ofrecen en las librerías grandes colecciones de libros de teatro para niños. Hay muchos títulos editados y variados temas donde escoger. De hecho, nada falta para la utilización del teatro como herramienta de trabajo en la escuela. Y por no faltar nada, la predisposición de nuestros niños ayuda, puesto que su viveza y espontaneidad les da sopas con honda a muchos de su edad de otras latitudes.

Valga como constatación.

Ir al teatro

He de reconocer mi predilección por esta actividad lúdica, instructiva, fuente de civismo, inversión cultural. Quiero entender que el teatro en la escuela entra dentro de una organización que, bien que mal, tiene en cuenta la necesidad y conveniencia de su implantación en los planes de enseñanza. Cuando menos, no faltan las iniciativas particulares de maestros, escuelas determinadas, Asociaciones de padres e incluso Ayuntamientos y algún que otro organismo de la Administración.

Pero ¿quién se ocupa de que los niños —no sólo de los de las grandes ciudades— puedan ir a los teatros llamados comerciales, públicos o privados, mal sea un par de veces al año?

Porque si al niño, por lo general, le gusta hacer teatro, le agrada también sobremanera verlo y verlo bien hecho. En el teatro «salen personas de verdad, en cambio el cine es como fotografías que se mueven», según justificaba una niña en una encuesta.

La crisis del teatro, de lejano origen e incierto final, sufre en nuestro país las consecuencias de otras crisis. Muchos problemas de divulgación cultural sólo tienen solución aplazada para

cuando se solucionen otros problemas más perentorios de instrucción general. Entretanto, bueno sería estimular la presencia de niños en las programaciones normales de teatro para dultos (casi todo el buen teatro para adultos puede ser apto para niños). Y más que estimular, establecer, programar y hasta en cierto modo obligar a que las Compañías subvencionadas por el Erario público (al que contribuimos usted y yo, amigo lector, y nuestros deudos, y nuestros compañeros de trabajo, no sin dolor cuando el agravio comparativo es solapadamente cruel) pongan sus montajes al alcance del público de todas las edades y de todas las zonas del país, y que alguno de esos montajes sea pensado especialmente para el público infantil o juvenil sin menoscabo de su calidad e incluso de su viabilidad para el público adulto.

Permítaseme apuntar mis dudas sobre los beneficios que desde este punto de vista pueden aportar representaciones de «una hora lectiva» de duración, o incluso menos, con pobreza de medios y carencia de calidad. Se me dirá que vale más pájaro en mano que cien volando, pero no renunciemos por ello a alzar el vuelo de la superación.

Detrás de las bambalinas de este artículo quedan escondidas, lo sé, cuestiones tan importantes como:

— Niños, pero ¿de qué edad?
— Teatros, ¿dónde están?
— Organos de la Administración, ¿administran cultura o cultivan votos?

¡Qué interesante debate podríamos abrir!

Pero ha de bajar el telón. Los comentarios, en el pasillo, o luego, en el salón de descanso. Diálogos abiertos, constructivos, optimistas en lo que quepa.

Un par de niños, atónitos, envueltos por primera vez en el entorno cívico del teatro, contemplan las lámparas, los terciopelos —quizá— de los cortinajes y susurrarán, a la espera del timbre que avise el inicio de la representación.

Qué bonito es tu teatro, tú...